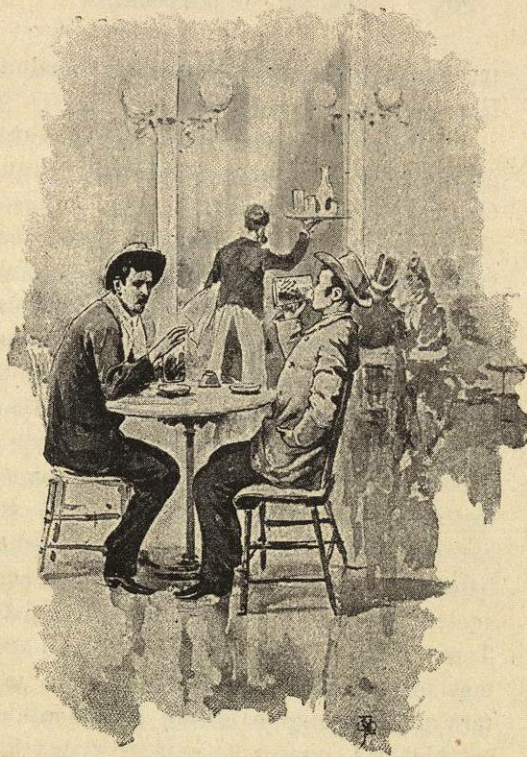


vaguedad y exaltación reunidas, lo mismo que si en torno suyo se borrara levemente la realidad ó se adormeciese su pensamiento diurno, llegaba á no quedar en la cabeza del payaso, ya semejante á aquella cabeza hueca de donde una mano va sacando las ideas con cucharilla, otra cosa más que el reflejo de su blanco rostro, que los espejos copiaban, las figuras de monstruos que veía sobre su traje, amén del murmurio, que en los oídos le zumbaba, de la música diabólica de su violín.

Y este estado indefinible, de heterogéneas y fugaces sensaciones, era para Nelo muy dulce; y pegado á su hermano, que permanecía siempre cabizbajo y siempre arañando el suelo con un palitroque, Nelo se estaba cruzado de brazos, reclinada en la pared la cabeza, la fisonomía como extáticamente dilatada, con pálida sonrisa de arlequín sobre el rostro blanco, inmóvil, como si pidiese defavor que no le interrumpiesen el dulce, risueño y peregrino embuste de su existencia en el Circo.



XLIII

—No, éste no es el busilis tras de que andamos...; aguádate, atiende...; cuando llegues á eso, te levanto de un puntapié en el

traspuntín... parece que lo estoy viendo... Hará un efecto maravilloso.

Así buscaba el meditando payaso original desenlace para un ejercicio nuevo que él y su socio tenían que ejecutar.

Pronunciadas las frases que transcribo, el orador cayó en mutismo profundo. Ambos compañeros se quedaron silenciosos, absortos, sepultados en sus cavilaciones, que por turno sacudían rascándose frenéticamente las cabezas, inclinadas sobre los *bocks* de cerveza, vacíos ya.

Estaban en el cafetín donde se reúnen los artistas al salir del Circo; café sin carácter, con recuadros blancos, estrechos listones dorados, angostos espejos, cual suelen ostentar los cafés del bulevar del Temple. En el hueco de una ventana había mostaceros, latas de sardinillas, una tartera chica de hígado gordo, procedente de salchichería, quesos de nata, Gruyer y Roquefort, y sobre el estante más alto, poncheras rodeadas de un hacinamiento de limones. Por el café adelante iba y venía un sumillercito en ciernes, muy mono, luciendo chaqueta de terciopelo granate y gran mandil con babero que le protegía el

vientre. Una servilleta, pasada por la cinta del mandil, le caía por detrás como un blanco paño.

Lentamente iban empujando la puerta y entrando los payasos todos, que, aun vestidos de burgueses, andaban despacio, como resbalando, inclinando todo un lado del cuerpo sobre la pierna que avanza, y llevando las manos colgantes y abiertas ante los muslos. Nelo cerraba la marcha, alzando el pie á la altura del ojo y bajándolo con imperativo movimiento de la mano: siempre ligero, alado y bromista.

Dos de los payasos ingleses subían la escalerilla de la sala de billar; otros dos, á cuyo lado tomaban asiento Nelo y Juan, pedían un juego de dominó.

Un payaso viejo, sin nacionalidad conocida, alto, seco, huesudo, recogía de sobre las mesas todos los periódicos é iba á sentarse allá lejos, desviado de los demás.

Enredábase entre los dos ingleses la partida de dominó, sin que se oyese más que el enfadoso ruido del hueso contra el mármol, ni se cruzase palabra, broma ni risa, ni cosa alguna que acompañase y animase

el juego. Diríase que jugaban la partida dos autómatas.

Miraba Juan las espirales de humo de su pipa subir ensanchándose hacia el techo, y Nelo, que al principio se dedicara á dar festivos consejos á su vecino, con el sano propósito de que perdiese, y á quien habían alejado ya del juego amistosas puñadas, fumaba papelitos, mirando los grabados de una *Ilustración*.

Entre estas mesas bien avenidas, llenas todas de gente que se conocía y trataba, payasos, picadores, *trabajadores terrestres* y *trabajadores aéreos*, no resonaba la menor conversación, ni siquiera había apartes en los rincones.

Y es que el gimnasta, y sobre todo el payaso, que vive de entretener al público con las jocosidades de su cuerpo, privadamente se manifiesta triste: tristeza propia del actor cómico. Por añadidura, el payaso, sea inglés ó francés, posee un género de taciturnidad especial. ¿Es el cansancio de los ejercicios, es el cotidiano peligro de muerte que afronta, lo que así le vuelve sombrío y callado? No: la razón es otra. Cuando cesa la fiebre del trabajo; cuan-

do el acróbata descansa; cuando se pára á reflexionar, ocurrele á cada instante el temor de que le robe de súbito la vigorosa destreza con que gana la vida, una enfermedad, un reuma, un nada que descomponga la máquina de su organismo. Y piensa á menudo, y se le convierte en idea fija, que la juventud de sus nervios y músculos ha de acabarse, y mucho antes de morir, su cuerpo caduco se negará al ejercicio de la profesión. Por último, hay entre los acróbatas no pocos *atropellados*, gentes que durante su carrera sufrieron dos ó tres caídas, que alguna tal vez les obligó á guardar cama un año entero; y estos hombres, bajo apariencias de completo restablecimiento, siguen realmente *atropellados*, como ellos dicen, y para realizar sus habilidades necesitan desplegar un esfuerzo que los acongoja y mata.....

.....
A este tiempo entró en el café un payaso, contratado para desempeñar el papel de mono en cierta comedia de magia del bulvar, y sacando del bolsillo cucuruchos de papel rosa, los repartió entre sus colegas, anunciándoles con regocijo y cierto orgu-

llo que por la mañana había sido padrino de un bateo. Vino luego á sentarse cerca de Juan, y preguntóle:

—¿Se puede saber en qué estamos?

—¿En qué estamos?—repitió Juan.—Sigo con la *suspensión horizontal hacia delante...* La *suspensión horizontal hacia atrás* es una futesa, porque tiene uno mil recursos para sostener el brazo; hay el cojín que forman el *infra-espinoso* y el *supra-espinoso*; dos músculos, ya sabes... Pero cuando es hacia delante la suspensión, ¡buenas noches!... no hay ni esto: no tiene uno sino el vacío á que agarrarse... El caso es que ando trabajando hace bastantes meses... y me asusto cuando pienso en los que me faltan todavía... Así es nuestro oficio; á cada momento tiene uno que dejar las cosas por el gasto de tiempo que requieren... y por lo poco que se había de fijar en ellas el público... Quédese para otro la empresa.

Callábase Juan, y en derredor suyo todos le imitaban.

Tocaba á su fin la partida de dominó, y el payaso alto y huesudo, gran lector de periódicos, descansaba la cabeza en un lecho de hojas impresas, adoptando una de

la posturas meditabundas y llenas de recogimiento que le habían valido el sobrenombre de *el Pensador*.

De pronto, medio incorporándose, como bajo el impulso de espontánea inspiración, no provocada por ninguna alusión de los demás payasos, el *Pensador* articulaba pausadamente estas frases:

—¡Valiente miseria, señores, valiente miseria y remisería son nuestros Circos de Europa! Que me den á mí los Circos americanos... El *Circo flotante* establecido sobre el Misisipi, con anfiteatro en que caben diez mil personas, y cuadra para cien caballos, y dormitorios para artistas, criados y tripulación... Y siempre precedido de su *Ave del paraiso*, un vaporcito mosca en que va el *agente aposentador*, encargado de preparar forraje para los caballos, puestos de abordaje, estacadas, vestibulos... y de poner los anuncios con quince días de anticipación... Pues ¿qué me dicen ustedes del *Circo ambulante*, de la gran feria ambulante, un cirquito con sus doce carros dorados, sus templos de las Musas, Juno y Hércules, sus tres orquestas, su órgano de vapor...; órgano de vapor, sí, señores, de va-

por...! Y, por último, con su procesión acrobática, que en cada pueblo se desarrolla cubriendo una extensión de tres kilómetros..., mientras sobre los carros, gimnastas mecánicos y gimnastas de carne y hueso realizan los más arriesgados ejercicios... ¡Valiente miseria, miseria y remisería son nuestros Circos de Europa!—repetía el *Pensador*, tomando la puerta y acabando su perorata en el bulevar.



XLIV

Buscaba Juan el famoso ejercicio que le traía sorbido el seso desde su más tierna edad—el ejercicio que había de grabar en los modernos fastos olímpicos el nombre de los dos hermanos, al lado del de Leotard, rey del trapecio, y Leroy, el de la bola,—con la contención de cerebro del matemático que despeja una incógnita, del químico que busca una materia colorante, del músico que crea una melodía, del mecánico que investiga nuevas propiedades del hierro, la madera ó la piedra. A semejanza de esta clase de hombres, poseídos de una idea fija,

tenía distracciones, absorciones, ausencias de la realidad, y al andar por la calle, escapábasele inconscientemente palabras en alta voz, de esas que hacen á los transeuntes volverse y contemplar, picados de curiosidad, á un señor que se aleja con las manos atrás, baja la cabeza y encorvado el espinazo.

Ya no existía en su vida, concentrada en el cerebro, ni noción del tiempo, ni percepción del calor y el frío, de las insignificantes y tenues impresiones que en el cuerpo en estado de vigilia producen los objetos exteriores y el medio ambiente. La existencia animal y sus actos y funciones parecían cumplirse en él por virtud de un artificio mecánico, con cuerda para algún tiempo, sin que la individualidad tomase en ello parte alguna. Era lento en entender lo que se le decía, como si oyese las palabras pronunciadas en voz baja y venidas desde muy lejos, ó más bien como si se encontrase ausente de su propio ser, y tuviese que regresar para dar respuesta. Y así se pasaba los días enteros, entre gente, hasta entre sus camaradas, embelesado, hundido, anegado en sus vaguedades,

con los ojos entornados, parpadeando y sintiendo á veces en los oídos el imperceptible murmurio del oleaje que conservan eternamente, sobre las consolas, las vastas conchas del Occéano.

El cerebro de Juan, en actividad perpetua, andaba á caza de algo tenido hasta entonces por imposible, que él lograrse hacer practicable. ¡Sí! un trastorno de las leyes naturales que él, humilde payaso, fuese el primero en realizar, con asombro y pasmo de todo el mundo. Y el imposible que tentaba su ambición habia de ser grande, cosa casi sobrehumana, pues le infundían desprecio las dificultades vulgares, bajas y conocidas, y desdeñaba todo ejercicio en que, á fuer de equilibrista y gimnasta consumado, le fuese asequible llegar al *sumum* del equilibrio y la destreza; y en medio de la labor imaginativa de su meollo, apartaba los ojos, con altanero enfado, de las sillas, bolas y trapecios.

Mil veces creyó Juan tocar á la meta de su ambición; mil veces pensó entrever realizada la idea que germinaba repentinamente; mil veces gozó el breve júbilo del hallazgo y la dulce fiebre que le acompaña,

y siempre, al levantarse, al intentar poner por obra lo discurredo, hubo de desistir ante imprevistos obstáculos, ante dificultades que no precavió la cálida, pronta é ilusoria concepción mental: dificultades que la aniquilaban de un solo golpe, arrojándola á la fosa común donde yacen tantos planes magníficos, muertos al nacer.

Y todavía con mayor frecuencia, en pos de secretos ensayos, de refundiciones y mejoras que casi ponían la invención á dos dedos del resultado feliz; cuando Juan, que se lo tenía todo muy calladito por cierto género de coquetería, iba ya á resolverse á contar á Nelo su descubrimiento, con pelos y señales; cuando entre el arreglo de las últimas combinaciones veía el Circo lleno de bote en bote, aplaudiendo su extraordinario ejercicio, cual ve el autor, al terminar una comedia, el público que ha de asistir al estreno... una nada, uno de esos infinitamente pequeños, el grano de arena incógnito que pára y detiene la maquinaria nueva de una fábrica enterita, le obligaba á renunciar al cumplimiento del sueño acariciado semanas enteras,—que no era sino sueño y ludibrio de la mentirosa noche.

Entonces caía Juan, por espacio de muchos días, en la tristeza profunda y mortal del inventor, cuando acaba de enterrar la invención que engendrara con amor años enteros: tristeza que no necesitaba confiar á Nelo para que su hermano menor comprendiese de dónde nacía.





XLV

Paraban los dos hermanos en la calle de las Acacias, en las Ternas, pobre extremidad de París que se confunde y pierde en la campiña de los suburbios. Habían subarrendado á un carpintero próximo á dar en quiebra. Ocupaba éste una habitacioncilla, cuya planta baja se componía de cocina y trastero, y el piso principal de dos dormitorios y un gabinete; en su alquiler también iba comprendido un barracón de tablonés que le servía de taller, y que los

acróbatas convirtieron en gimnasio. Separado el patio de la calle por una alta empalizada con claraboya que unía las dos construcciones, era común para los dos hermanos y para un rejista que casi siempre trabajaba al aire libre, pero tenía su almacén y cama en la buhardilla del barracón. Este rejista, vejete de ojos verdosos y tristes, como los de un sapo melancólico, reducido, por decirlo así, al estado de busto sin piernas, era en su género verdadero artista, y resucitaba y reconstruía las aéreas arquitecturas del siglo XVIII. El viejo y patituerto obrero de las Ternas enseñaba á los transeúntes, expuesto en mitad del patio, á guisa de muestra de su habilidad, un admirable templete verde, con cornisa, pilastras y capiteles calados; una maravilla de recorte, que en el frontis decía:

Lamour, rejista al estilo antiguo.

Pabellón de música ejecutado conforme á los modelos más famosos, en especial la SALA DE FRESCURA del Pequeño Trianón.

Lindo trabajo de reja propio para adornar un parque moderno. Se cede por lo que ha costado.

El terreno, muy escabroso y movido, contenía también casitas enterradas por los rincones, donde se ejercían industrias raras; y hacia el fondo, tras el límite casi borrado de un seto, continuamente devastado por manadas de gansos, alzábase una casa de vacas, donde, encima del establo, bajo una ventana con blancos visillos, se leía el siguiente rótulo:

Este cuarto se alquila para un enfermo.

El rejista, satisfecho de que los nuevos inquilinos no le suscitasen la menor dificultad á causa de su templete, que atrancaba casi todo el patio común, vivía en excelente armonía con los payasos, y al llegar el verano, les permitía formar en el pabellón una especie de cortinaje de verdura para tocar allí el violín, sin ser vistos, al abrigo de los curiosos que pasaban por la calle. Iba él en persona á recoger, en casa de un horticultor que vivía cerca, de una zanja donde éste arrojaba los desechos, una admirable colección de esas plantas vivaces, de risueñas y grandes flores, de esas infortunadas malvas piramidales, despreciadas hoy, pero

que tan lindamente se enlazaban á los enverjados de los jardines en las pinturas á la aguada del siglo pasado.

Allí, pues, en aquel pabellón, era donde en verano y otoño, durante los hermosos días de cielo azul, viendo pasar al ras del techo y de los muros rayos de sol y bandadas de gorriones, y tras la columnata florecida de flores color lila, amarillo y rosa, tocaban los dos hermanos. En rigor, más que tocar, hablábanse con el sonido de sus violines; conversación en que dialogaban dos almas. ¡Cuántas impresiones varias, fugitivas y múltiples, hijas de la hora y del instante, que derraman en lo interior de un ser humano esas sucesiones de luz y sombra que produce en las olas la alternativa del sol radiante ó las nubes en el cielo, se referían los dos hermanos por medio de musicales sonidos! En su plática sin ilación se distinguían—mientras uno de los violines descansaba, cediendo su turno al otro,—los ensueños del mayor, ritmados con grata molicie, y las ironías del pequeño, ritmadas también, pero sardónicas y mofadoras. Y se sucedían, bajo el arco de entrambos, vagas amarguras, expresadas por una ejecución

lenta y quejosa, risas que restallaban en un cubo de notas estridentes, impaciencias que brotaban con estruendo colérico, ternuras que eran como el murmurio del agua sobre el musgo, y verbosidad que charloteaba en florituras exuberantes. Y al cabo de una hora de diálogo musical, los dos hijos de Estefanía, atacados repentinamente de la manía bohemía, poníanse á tocar á un mismo tiempo, con una furia y unos bríos, con tanta originalidad enérgica, que poblaban el ambiente del patio de música sonora y nerviosa, hacían enmudecer el martillo del rejista, é inclinarse hacia el patio, entre lloroso y risueño, el demacrado semblante de la tísica que languidecía en el cuartito sobre el establo.





XLVI

Juan, gran lector de libros viejos en los escaparates de los malecones, y que no sin asombro de sus compañeros solía llegar al Circo con algún librote debajo del brazo, acostumbraba llevar al pabellón de música un rancio volumen, grueso tomo en 4.º, encuadernado en pergamino, con las esquinas raídas, los escudos lacerados en tiempo de la revolución, y donde la mano y el lápiz de un chicuelo contemporáneo nuestro había puesto pipas en las bocas de las figuras del siglo XVI. De este

libro—que tenía al dorso el rótulo: «Tres diálogos sobre el ejercicio de saltar y voltear, por Arcángelo Tuccaro- 1599» y donde constaba que el rey Carlos IX *era aficionado á todo linaje de brincos y en ellos mostraba suma destreza y disposición maravillosa*,—leía Juan á su hermano las páginas de anticuada letra que trataban de los saltarines *petauristas*, así llamados por referencia al nombre griego del salto semivolante que dan las gallinas al recogerse al *travesaño del su gallinero*; de la saltarina Empusa, que por medio de su mágica habilidad parecía revestir todos los aspectos y formas; de la *gallarda mocedad* que el noble arte *saltatorio* requiere en sus adeptos; con otras páginas más relativas á los saltos *eferístico*, *orquéstico* y *cubístico*;—este último por más señas, tenido mucho tiempo en opinión de fruto de diabólico pacto.

Luego se ponían los dos á estudiar los grabados en cuanto á las líneas geométricas del volteo del cuerpo en el aire, y Juan hacía ejecutar á Nelo, conforme á las indicaciones y círculos concéntricos del libro, con rigurosa exactitud, el *resbale del medio cuello*, el *resbale acostado*, y una multitud de

arcaicas habilidades: entreteníanse así los dos hermanos en ascender por su oficio arriba, en ejercerlo, por espacio de una hora, lo mismo que se ejercería hace más de doscientos años.

